

Me acuerdo de estar en el salón del comedor con la mesa llena de cuadernos de caligrafía mientras con mis nervios yo intentaba que mi lapicero hiciera unas letras que se pudieran leer; luego en la cama, era el reino loco de los tebeos y los cómic, me hacían compañía una gran abundancia de personajes con sus vidas y sus absurdas ilusiones, pero eran divertidas, me lo pasaba bien.

Los años siguieron pasando, también existieron momentos malos, para acceder a la calle había que subir y bajar un montón de escaleras, eran anchas con un buen hueco donde colocar un ascensor que nunca llegó. Algunas veces cuando no teníamos prisa, con la ayuda de los demás, como en un juego, las subía andando, pero según iba creciendo veíamos que aquello era peligroso, alguna vez pudimos haber ido rodando unos cuantos escalones, pero no fue así, tuvimos suerte, quitando algunos matorrones no hubo grandes problemas

Otra cosa que ocurrió después, fue que un amigo de mis padres, del País Vasco, dijo que su hijo estaba haciendo, lo que ahora llamamos "voluntariado" en Auxilia, era ésta una de las primeras asociaciones de España que se preocupaba de los discapacitados, en concreto daban acceso a la cultura a personas que, como yo, no podían

asistir al colegio por problemas de movilidad. Era gente estu-penda, universitarios que te enseñaban todo lo que tenían en sus cabezas, pero sobre todo fueron algo muy importante para mi en lo personal, fueron "oxígeno", saber que no estábamos solos ni mi familia ni yo.

Fue entonces cuando en casa entró algo muy importante, al menos para mi, (no sé si tanto para los demás): ¡una silla de ruedas con la que moverme en casa y en la calle! Era un cacharro increíblemente pesado, pero que me abrió un montón de posibilidades, y además, esos chicos de la asociación me trataban como uno más de entre ellos. Las fotos de esos momentos son de tipo carnet. Aunque siempre que necesitaba desplazarme había una persona detrás, ahora era "yo" el que decidía la dirección. La silla de ruedas manual "estándar" tenía una ventaja que la hacía fundamental, pues a diferencia de otras sillas que había tenido antes, ésta podía ser bien manejada y con facilidad por las personas que me ayudaban en mis desplazamientos. Si enumeró a quienes me llevaron de acá para allá, esto sería el cuento de nunca acabar, además mi familia y parientes hicieron, empujando, más kilómetros que un SEAT 124 utilizado como taxi en esos mismos años...

De este modo, por primera vez tuve amigos y conocidos fuera del entorno familiar. Recuerdo, como una instantánea más, unos increíbles viajes en el coche de mis tíos o en el furgón de mi padre en los que al llegar al destino, a veces, empleábamos en bajar y subir de él más tiempo que el que habíamos empleado en el propio viaje. Si esto suponía para mi una paliza, imagino que para los padres y mis tíos que nos acompañaban sería un esfuerzo todavía mayor; tanto para ir al pueblo de vacaciones como en las salidas al campo. Había que hacerlo todo a mano y a base de fuerza, no había ningún tipo de adaptación mecánica ni de ayuda técnica. En ocasiones, al llegar a casa, me dolían todos los músculos como si me hubiera cogido una vaquilla, igual que les pasaba a mis tíos, que realizaban el trabajo de moverme que uno no podía hacer.

Pero tengo que hacer una pequeña confesión, lo principal no son las ayudas técnicas y las adaptaciones; lo más importante es "saber controlar el miedo". Nadie es culpable de las minusvalías, las enfermedades y accidentes que ocurren, y debemos vivir con ello y con la gente que nos rodean, sólo desde la realidad. Podemos cambiarnos a mejor... Una vez, me hicieron una entrevista, y desde mi enfermedad tuve que explicar:

*"Donde no llegan las manos y nuestros propios pies, llega la cabeza y la Máquina".*

...Y también dar las gracias ahora y recordar aquellas personas que nos han ayudado ha crecer.

Julio Atance

